

EL ROBO
DE LA
COPA
DEL
MUNDIAL

**UN MISTERIO
FUTBOLERO**



ANGELA CERVANTES

ILUSTRACIONES DE
ANGELDRAWIN

ANAYA

EL ROBO DE LA COPA DEL MUNDIAL

1.ª edición: mayo 2026

Título original: *The Mystery of the Missing World Cup Trophy*

© Angela Cervantes, 2026

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S.L. y Aevitas Creative Management LLC.

© De las ilustraciones: Angeldrawin, 2026

© De la traducción: Sara Bueno Carrero, 2026

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2026

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN: 978-84-143-6000-2

Depósito legal: M-5478-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ANGELA CERVANTES

**EL ROBO
DE LA
COPA
DEL
MUNDIAL**

ILUSTRACIONES DE ANGELDRAWIN

ANAYA

«Lo he dado todo en el terreno de juego. En ningún momento he renunciado a luchar ni a mi sueño».

CRISTIANO RONALDO

(tras la derrota de Portugal contra Marruecos
en la Copa Mundial de 2022)

«Puede ser hoy...».

LIONEL MESSI

(durante la tanda de penaltis previa
a la victoria en la Copa Mundial de 2022)

1

UN NIÑO LLAMADO DIEZ

Me llamo Diez Espada. Sí, como el número. ¿A quién se le ocurre ponerle a su hijo el nombre de un número?

El principal culpable: mi padre. Se llama Nueve. No, es broma. Se llama Jaime. Mi madre se llama, o se llamaba, Clara.

Fíjate en que ninguno de los dos tiene nombre de número. No. Solo yo.

Mi padre es un fanático del fútbol. Fue centrocampista toda su vida, hasta que una lesión en los isquiotibiales en la universidad lo dejó fuera de juego para siempre. Ahora trabaja en un hotel de cinco estrellas en Miami, aparcando los Ferraris y los Aston Martin de ricos y famosos. Cuando no está aparcando un Lamborghini verde lima, mi padre me entrena con la esperanza de que sea yo quien haga realidad sus sueños en el mundo del fútbol. Sin presión,

¿eh? Por eso me llamó como el número de dorsal de su futbolista favorito. ¿Que quién es? Aquí van unas pistas:

Pista n.º 1: Al igual que yo, vive en Miami. Aunque yo he vivido aquí toda mi vida, él llegó después de pasar muchos años en Europa.

Pista n.º 2: La cabra. (Pero no como la que asó mi padre a la barbacoa por el cuarenta cumpleaños de mi tía). Viene del inglés «GOAT», «*greatest of all time*», el mejor de la historia.

Pista n.º 3: Campeón del mundo.

¡Toma! Me llamo así por el número de dorsal de Lionel Messi. Mi padre dice que no podía llamarme Lionel porque, según él, «Leo solo hay uno».

Menos mal que no me llamó Treinta o Diecinueve. Messi también llevó esos dorsales a lo largo de su carrera, aunque, claro, ganó el Mundial con Argentina llevando el número diez.

Aun así, yo soy el diez solo de nombre. No me parezco en nada a Messi. En la camiseta roja y negra del equipo de mi colegio llevo el dorsal treinta y tres. Hago muchas bromas sobre que representa los minutos que he jugado en total en el equipo. Pero de broma no tiene nada.

Por eso, en el último partido del año en casa, me quedé en el banquillo. Mis compañeros lo estaban dando todo, pero al descanso el marcador seguía 0-0. Sin embargo, a mitad de la segunda parte, algo cambió: la defensa del otro equipo se estaba desmoronando como un taco blandurrio. Lo vi tan claro como una pista en una novela de misterio. Había unos huecos enormes en su línea defensiva. Me levanté de un salto y corrí hacia la banda, donde estaban mi padre y el entrenador Estrada. Ellos también tenían que fijarse en esos espacios.

—Mirad, Mateo les está ganando en carrera —solté—. Y el catorce que marca a Pablo está dormido. El entrenador va a hacer un cambio para meter a jugadores frescos. Ahora es el momento de atacar.

El entrenador Estrada miró por un segundo a mi padre, como queriendo comentarle: «Dile a tu hijo que no se meta donde no le concierne».

Pero es que esto sí que me concierne. Veo pistas. Desde siempre.

Mi padre estaba a punto de hablar cuando nuestro centrocampista Mateo robó el balón. Avanzó regateando hacia la portería, sin perder de vista el campo. No hacía falta ser detective para darse cuenta de que estaba a punto de suceder algo maravilloso.

—¡Ahí lo tienes! —grité cuando Mateo vio a Pablo, nuestro mejor delantero, que ya se estaba desmarcando en el área y pidiendo el balón—. ¡Vamos!

Tal y como había previsto, Mateo le puso el balón a Pablo. La defensa contraria corrió a recomponerse, pero ya era tarde. El pase fue limpio y Pablo lo controló sin problemas. Chutó y mandó el balón más allá del portero, directo al fondo de la red.

—¡Gol! —grité, saltando como loco junto al resto del equipo. Las gradas temblaron, y mi padre y el entrenador Estrada se abrazaron. Pablo corrió hacia la banda para celebrarlo con una cumbia antes de que todos nos echáramos encima de él. Íbamos ganando 1-0.

Con solo diez minutos por jugarse, el partido estaba de nuestro lado. Era mi momento para escabullirme. Pablo no iba a ser el único en celebrar la victoria.

—Si alguien pregunta, ahora vuelvo —le dije a Lukas, uno de mis compañeros, que me miró como si me hubiera vuelto loco—. ¿Qué pasa? Tengo que hacer una cosa.

—¿Más importante que esto? —protestó.

—Sí, Lukas. A veces, en la vida de un chico de doce años, hay cosas más importantes que el fútbol.

—Dime una.



—Atrapar a un ladrón —respondí mientras salía disparado hacia las gradas. Pero no llegué muy lejos. De repente, ahí estaba mi padre, cortándome el paso.

—¡Oye! ¿Adónde vas? El míster está a punto de sacarte.

—Qué gracioso.

—Ya —respondió mi padre entre risas—. No ha colado. Ahora en serio, ¿adónde vas?

—A ver, no te enfades, pero estoy en modo detective.

—¿En serio, Diez? —En su rostro solo se observaba decepción, como si le hubiera estampado un huevo en la cara—. ¿Tiene algo que ver con la bolsa de deporte del maletero? Sabía que algo raro había.

—Vale, sé lo que vas a decir: que debería centrarme en el fútbol. Y lo haré, pero ahora mismo he tendido la trampa perfecta: una jugada propia de Messi, si Messi fuera detective como yo.

—¿Una jugada propia de Messi? Eso es lo que me gustaría ver en el césped en vez de...

De pronto, el público estalló en protestas y gritos. Un jugador del otro equipo se tiró al suelo, berreando y agarrándose el tobillo como si le hubieran cortado un pie. Una actuación digna de Neymar. Aun así, no impidió que el árbitro le sacara tarjeta amarilla a nuestro

defensa Declan Reed, al que apodábamos el Hacha por sus entradas salvajes. Sinceramente, no me sorprendería que algún día le hincara el diente a alguien, al estilo Luis Suárez.

—¡Por Dios! Es su segunda amarilla —gruñó mi padre.

Dos amarillas equivalen a una tarjeta roja. Estaba expulsado y nos quedábamos con diez jugadores. Declan se marchó trotando del campo, demasiado tranquilo teniendo en cuenta que lo acababan de expulsar. No era propio del Hacha. ¿Por qué estaba tan calmado? ¿Por qué no protestaba? ¿Qué se traía entre manos?

—Mira, Diez, ahora no tengo tiempo para... ¿Diez?

—¡No tardo, papá! —grité mirando hacia atrás mientras me escapaba.

Sabía que no estaba bien huir así del segundo entrenador, que, además, resulta que era mi padre, pero tenía que hacerlo. A la hora de resolver misterios, el tiempo es oro. Como dice siempre mi padre, «no hay tiempo que perder», o «hay que aprovechar». Es como en las pelis de misterio, cuando el ladrón se relaja y deja una pista crucial: ¡no hay tiempo que perder! ¡Hay que aprovechar, querido Watson!

¿Te imaginas a Sherlock Holmes diciendo algo así?

Yo tampoco, pero molaría. Y dudo que Sherlock o incluso el famoso detective Hércules Poirot de Agatha Christie tuvieran que ponerse un disfraz de bogavante para resolver un caso, pero todo forma parte de mi plan.

Los hechos son los siguientes: el 8 de junio, poco después de las dos de la tarde, alguien entró en el gimnasio del Colegio Patriot Reef, hogar de los Bogavantes Carmesí. ¡Vamos, Bogavantes! Esa persona accedió al almacén, que estaba sin cerrar, y unos minutos después salió disfrazada de la mascota, de color rojo chillón y ojos saltones, Louie Bogavante. A las tres de la tarde, el alumno al que le tocaba ponerse el disfraz para un acto informó de que había desaparecido.

Al día siguiente, el director Mendoza envió un correo electrónico en el que ofrecía una recompensa por su devolución, sano y salvo y de una pieza. Lo cual es rarísimo, porque el disfraz tiene dos piezas: la cabeza y el cuerpo.

Lo gracioso es que ningún alumno se puso triste al enterarse de que Louie había desaparecido. Nadie sollozó ni berreó por los pasillos ningún «¡vuelve, Louie!». Nadie juró venganza con el puño en alto: «¡Te arrepentirás de haber secuestrado a Louie!».

Y es que Louie Bogavante era la mascota más humillante que jamás haya desfilado por la banda de un campo de fútbol. Imagínate: un crustáceo de color rojo carmesí, con ojos saltones de pega, antenas temblorosas, dos pinzas gigantes que pellizcan de verdad y unos pies tan grandes y flácidos que harían llorar de envidia a un payaso.

Y, aun así, no podía dejar que se esfumara para siempre. El caso del disfraz desaparecido era mi oportunidad para hacerme un nombre como auténtico detective. Tampoco es que sea *Asesinato en el Orient Express*, pero algo es algo. Pensaba resolverlo y llevarme la recompensa.

Hasta que la cosa se puso interesante.

Dos días después de su desaparición, Louie Bogavante reapareció en un vídeo en internet. En él, Louie se sacaba una tarjeta roja del bolsillo. Sí, es un bogavante con bolsillos. Qué horror de mascota, de verdad. Entonces, la cámara hacía *zoom* para mostrar el nombre escrito en la tarjeta roja: director Michael Mendoza. ¡Zas!

Era imposible saber quién llevaba puesto el ridículo disfraz en el vídeo, pero quien fuera conocía perfectamente el significado de una tarjeta roja. Lo más probable es que fuera un o una futbolista del colegio. Y su motivación estaba clarísima: mandarle un mensaje al director

Mendoza. No era una gamberrada cualquiera de los mayores para despedirse a lo grande: era una venganza.

Pero ¿quién quería vengarse del director Mendoza? Tenía que ser un profesor o un alumno, porque sabía exactamente dónde estaba el disfraz y que la puerta del almacén estaría abierta durante un breve periodo de tiempo. Además, el culpable entró y salió del gimnasio con total facilidad.

Sabía que podía resolverlo.

La buena noticia era que aún quedaban dos semanas para que acabara el curso. Y la mala noticia, que solo quedaban dos semanas para que acabara el curso. Tenía que encontrar al sospechoso antes de que todo el mundo se fuera de vacaciones.

Arranqué la investigación con una lista de sospechosos: alumnos y personal del centro que formaran parte del equipo de fútbol. Después la reduje a quienes supiera que tenían sus rencillas con el director Mendoza. Como si me dieran un pase perfecto en el césped, eso me llevó hasta una alumna de octavo que se quejaba abiertamente de la falta de apoyo del director al equipo de fútbol femenino. Tenía tanto el móvil como la oportunidad.

Más rápido de lo que se tarda en gritar «¡golazo!», había localizado el paradero de Louie Bogavante e iden-

tificado a la culpable. Me moría de ganas de contarle a todo el colegio que había encontrado a Louie, pero tenía que mantener la calma. No me valía con ir al despacho del director Mendoza a cobrar la recompensa.

En todas las novelas de misterio que he leído, y he leído muchas, se producía el momento de la gran revelación. Mi madre lo llamaba «el momento “quién fue”». Era la parte de la historia en la que el detective se enfrenta al culpable y lo deja en evidencia. Y eso era justo lo que necesitaba para cerrar el caso. Así que publiqué mi propio vídeo, disfrazado de Louie, con el siguiente mensaje:

Hay una persona metida en un buen lío. Diez minutos antes de que termine el tiempo reglamentario del partido de hoy, nos vemos en el quiosco de comida de la grada de los locales. Allí estaré, con las pinzas cruzadas.

Diez Espada se llama así por el 10 de **Messi**, pero en su camiseta del cole lleva el 33 y casi nunca sale a la cancha. Eso sí: analizando jugadas de **fútbol** y resolviendo **misterios**, no tiene rival.

Cuando la **Copa del Mundial** desaparece en plena fiesta de lujo en Miami, Diez ve la oportunidad perfecta para probarlo. Con la ayuda de su padre, de un célebre detective y de Río, una compañera del colegio, tendrá que jugar **el partido más difícil** de su vida.

**¿CONSEGUIRÁ RECUPERAR LA COPA
ANTES DE QUE EL LADRÓN
META EL GOL DE LA VICTORIA?**

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-143-6000-2

1573061



9 788414 360002